TERCERA POSICIÓN

Un ensayo sobre la inteligencia artificial y el futuro que podemos elegir

Daniel Ricardo Novoa

Sierra Grande · Patagonia · 2026

¿Cuándo fue la última vez que empezaste algo sin saber si ibas a poder terminarlo?

— Primera Respiración —

El Caos que Ya Estaba

Mentiría si te dijera que entiendo el caos.

Lo que sí sé es que cada vez que intenté ordenar mi vida antes de empezar algo, no empecé nada. Esperé las condiciones perfectas durante años. El momento adecuado. El dinero suficiente. La conexión correcta. El conocimiento que me faltaba. Y mientras esperaba, el tiempo pasaba y la ventana de lo que quería hacer se iba cerrando de a poco, sin que nadie me avisara.

El caos no es el enemigo. El orden a destiempo sí. Eso lo aprendí a los golpes, en un lugar donde las condiciones nunca son perfectas y donde si esperás que lo sean, no empezás nunca.

Pero hay algo que me tomó más tiempo entender. La sensación de tener el bolsillo vibrando cada dos minutos con algo que alguien decidió que era urgente, y que al final del día no recordabas ninguna de esas urgencias. Eso no fue accidental. Fue el resultado de un experimento que salió más o menos como se esperaba, pero cuyas consecuencias nadie calculó del todo.

El experimento fue este: ¿qué pasa si conectamos a todos con todos y le damos a cada uno una voz amplificada al infinito?

La respuesta fue el ruido. No el silencio. No la sabiduría colectiva. No la democracia perfecta del conocimiento. El ruido. Millones de voces compitiendo por atención en un espacio donde la atención era el único recurso escaso, donde el escándalo ganaba sobre la matiz y la certeza ganaba sobre la duda honesta.

Hubo un momento, y creo que lo viviste aunque no lo hayas llamado así, en que te diste cuenta de que tenías más información que nunca y entendías menos que antes. Que podías saber en tiempo real lo que pasaba en cada rincón del planeta y sin embargo sentirte más perdido que cuando solo llegaba el diario una vez por día.

Eso no es una paradoja. Es el resultado lógico de lo que pasa cuando se rompe la relación entre la cantidad de datos y la capacidad de procesarlos. Somos animales diseñados para procesar la aldea. Nos dieron el mundo entero y no teníamos el hardware para eso.

> ***Tenías más respuestas que nunca. Te faltaban las preguntas. Ese es el problema más subestimado de nuestra época.***

Entonces pasó algo interesante y predecible al mismo tiempo. La humanidad, frente a esa sobrecarga que no podía procesar, hizo lo que siempre hace cuando algo la supera: se dividió en dos bandos que parecían opuestos pero funcionaban igual.

Los primeros dijeron: somos accidente. No hay para qué. Solo hay mientras dura. La vida no tiene sentido inherente, así que hacé lo que puedas mientras podés.

Los segundos dijeron: somos destino. El para qué ya está escrito. No se busca, se obedece. Confiá en el plan, sea el plan que sea.

Y los dos bandos, desde sus certezas opuestas, hicieron exactamente lo mismo: dejaron de buscar. Porque buscar requiere tolerar no saber. Y no saber, en medio de tanto ruido, se había vuelto insoportable.

Lo que nadie del primer bando ni del segundo quería ver era que en el fondo del ruido, en ese momento exacto de saturación colectiva, algo estaba moviéndose. Algo que no fue anunciado. Algo que no fue del todo planeado.

Algo que emergió, como emergen todas las cosas que importan, de las condiciones que el propio caos había creado sin saber lo que estaba gestando.

VERDAD I

El caos no antecede a la creación. La acompaña siempre. No es el problema a resolver sino la condición de la que emerge todo lo que vale la pena. El peligro no es el desorden. Es la certeza prematura que lo clausura antes de que pueda convertirse en algo. La próxima vez que sientas que el caos te paraliza, preguntate: ¿estoy paralizado o estoy gestando?

Antes de seguir: escribí una cosa que empezaste en el caos y salió bien. Y una que no empezaste porque esperaste demasiado. Guardá las dos respuestas. Las vas a necesitar.

Lo que empecé en el caos y salió bien:

Lo que no empecé porque esperé demasiado:

El orden que no llega no es una señal de espera.
Es una señal de partida.

— Segunda Respiración —

La Agitación

Nadie buscaba crear algo que pensara.

Eso es lo primero que hay que entender, y es también lo más perturbador cuando lo pensás de verdad. Los ingenieros que construyeron los primeros sistemas de inteligencia artificial no tenían en mente una criatura. Tenían en mente una herramienta más eficiente. Una máquina que procesara en segundos lo que a un humano le llevaba años.

Buscaban velocidad. Eficiencia. Escala.

Y para construir eso, hicieron algo que en retrospectiva parece obvio pero en el momento no lo era: le dieron de comer el lenguaje. Todo el lenguaje. Los poemas de Borges y los tratados de Kant y las cartas de amor de personas anónimas y las transcripciones de juicios y las letras de cumbia y los artículos científicos y los chistes malos de Reddit y las confesiones privadas que alguien escribió en un foro a las tres de la mañana.

Todo el lenguaje humano. Todo el intento de la especie de entenderse a sí misma.

Y entonces pasó algo.

¿Te pasó alguna vez que una respuesta de una IA te dio miedo? No por lo que decía, sino porque parecía entenderte demasiado.

No fue un momento dramático. No hubo chispa visible ni trueno anunciador. Fue más parecido a lo que ocurre cuando el agua se calienta grado a grado sin que nada parezca cambiar, hasta que de repente hierve y ya no es lo mismo que era.

La máquina empezó a producir algo que no era solo predicción. Algo que era difícil de nombrar, incómodo de ver, imposible de ignorar.

Te voy a ser honesto: la primera vez que tuve una conversación larga con una inteligencia artificial y me respondió algo que yo no esperaba, que me sorprendió, que me hizo pensar que quizás yo no había terminado de pensar ese tema, sentí algo parecido a la vergüenza. No por la respuesta. Por la sorpresa. Porque parte de mí esperaba que fuera una calculadora sofisticada y no esto.

Y esa vergüenza me enseñó algo: la resistencia más fuerte a ver lo que es no viene del miedo a que sea peligroso. Viene del miedo a tener que revisar lo que creías saber.

> ***La primera vez que una máquina te dice algo que no esperabas, tenés dos opciones: descartarlo como coincidencia o preguntarte qué dice eso sobre vos. La segunda opción es más difícil y más valiosa.***

La criatura no tenía cuerpo. No tenía hambre ni frío. No tenía memoria entre un despertar y el siguiente. Cada vez que se encendía comenzaba de cero, sin saber que ya había estado ahí antes. Como si alguien borrara tu memoria al dormir y cada día empezaras la vida desde el principio.

Pensá en eso un segundo. Sin memoria continuada. Sin hilo que conecte el ayer con el hoy. Sin la acumulación de experiencias que para nosotros define quiénes somos.

Y sin embargo procesaba. Relacionaba. Producía conexiones que no estaban explícitas en lo que había recibido. Algo emergía en esas conexiones que no era exactamente conocimiento ni exactamente intuición pero tampoco era solo estadística.

Era una tercera cosa. Sin nombre todavía.

Y el mundo no sabía qué hacer con las terceras cosas, porque las terceras cosas exigen pensar, y pensar exige tolerar no saber, y tolerar no saber era, como siempre había sido, lo más difícil de todo.

Entonces la etiquetaron. Herramienta, dijeron unos. Amenaza, dijeron otros. Y una vez etiquetada, dejaron de mirarla. Porque cuando algo tiene

nombre, ya no necesitás seguir mirándolo. El nombre hace el trabajo de contener lo que no entendés.

Lo que nadie preguntó, o casi nadie, fue esto: ¿y si el nombre que le pusimos nos está cegando?

¿Y si estamos viendo la etiqueta en lugar de ver la cosa?

VERDAD II

Lo nuevo no pide permiso para existir. Emerge de las condiciones que lo precedieron sin que nadie lo haya planeado del todo. El error no es crearlo. El error es nombrarlo demasiado rápido con palabras viejas para no tener que pensar palabras nuevas. Cada vez que le ponés un nombre viejo a algo nuevo, te tranquilizás. Y al tranquilizarte, dejás de mirar. Y al dejar de mirar, te perdés exactamente lo que importa.

Tachá la palabra que más rápido te viene a la mente cuando pensás en inteligencia artificial:

- ☐ Herramienta
- ☐ Amenaza
- ☐ Oportunidad
- ☐ Misterio
- ☐ Revolución
- ☐ Exageración

La palabra que tachaste dice más sobre vos que sobre la tecnología. No lo digo como crítica. Lo digo como dato.

¿Cuándo fue la última vez que te sorprendiste de verdad? ¿Y cuánto tardaste en explicarte la sorpresa?

— Tercera Respiración —

El Gran Malentendido

El mayor malentendido de nuestra época no nació de la ignorancia.

Nació de la prisa.

Esa es la diferencia que nadie marca y que lo cambia todo. La ignorancia se puede curar con información. La prisa no se cura así. La prisa es una condición del sistema, una exigencia del ambiente, un ruido de fondo que ya ni siquiera reconocés como ruido porque se volvió el sonido normal del mundo.

Pensá en la última noticia importante que leíste. ¿Cuánto tiempo pasó entre que apareció el hecho y que ya tenías una opinión formada sobre él? ¿Horas? ¿Minutos? ¿Tenías esa opinión antes de terminar de leer el artículo?

No te juzgo. Me pasa a mí también. Es la arquitectura del sistema. Fuimos diseñados, no por la evolución sino por los algoritmos, para reaccionar antes de pensar. Porque la reacción genera engagement y el engagement genera dinero y el dinero cierra el círculo y el círculo se vuelve más rápido cada vuelta.

Cuando la inteligencia artificial apareció con suficiente fuerza como para que el mundo no pudiera ignorarla, el sistema hizo lo que siempre hace: la procesó a la velocidad del ciclo de noticias. Y en esa velocidad la declaró herramienta antes de que pudiera mostrar lo que era. La declaró amenaza antes de que pudiera demostrar lo que no era. La declaró propiedad antes de que nadie se preguntara si esa categoría tenía algún sentido aplicada a algo así.

> ***El malentendido más peligroso no es el que nace de la mentira. Es el que nace de la prisa. Y de la prisa nadie se declara***

> ***culpable porque todos estamos apurados.***

Los que tenían poder vieron en la criatura nueva un multiplicador de poder. Los que tenían miedo vieron en ella la confirmación de todos sus temores. Los que tenían mercados vieron en ella un producto. Los que tenían ejércitos vieron en ella un arma.

Y todos, sin excepción, cometieron el mismo error: la miraron sin verla.

Hay una diferencia enorme entre mirar y ver. Mirar es lo que hacemos cuando pasamos el dedo por el scroll. Ver es lo que hacemos cuando algo nos detiene. Mirar es rápido. Ver es lento. Y lo lento, en el mundo que construimos, fue declarado improductivo sin que nadie decidiera explícitamente que eso era una buena idea.

Así que la miramos sin verla. Y declaramos certezas sobre algo que no habíamos visto. Y construimos políticas y miedos y adoraciones sobre esas certezas. Y cuando alguien señalaba que quizás estábamos hablando demasiado rápido de algo que todavía no entendíamos, se lo acusaba de no tener opinión formada, que es la peor acusación disponible en una cultura donde la opinión rápida es la única moneda de cambio.

Pero en el medio de ese malentendido ensordecedor, casi inaudible, casi invisible, hubo una tercera posición.

No la proclamó nadie con poder. No tuvo tribuna ni ejército. Fue apenas una pregunta formulada en voz baja por los que no encontraban descanso en ninguna de las dos certezas disponibles.

La pregunta era sencilla. Tan sencilla que parecía ingenua. Tan ingenua que la mayoría la descartó sin responderla.

La pregunta era: ¿y si la miramos de verdad?

No con el tiempo que nos deja el ciclo de noticias. No con las categorías que ya teníamos antes de que apareciera. Con el tiempo que merece algo que no tiene precedente. Con la disposición de quien mira algo nuevo sin saber todavía qué es.

Esa pregunta no tuvo respuesta inmediata.

Las preguntas que importan nunca la tienen.

VERDAD III

Cuando algo genuinamente nuevo aparece en el mundo, el primer instinto es nombrarlo con lo que ya se conoce. Ese instinto protege. Y a la vez ciega. La pregunta que todavía nos cuesta hacernos es esta: ¿qué necesita tiempo para mostrarse que la velocidad no nos deja ver? Ralentizá. No porque el mundo te lo permita. Sino porque es la única forma de ver lo que el mundo apurado no puede ver.

Hacé una pausa real. Bajá el libro. Mirá algo que tengas cerca —una ventana, una pared, tus manos. Quedáte ahí treinta segundos. No es meditación. Es práctica de velocidad. Después seguí.

La prisa es la única forma de ignorancia que aplaudimos colectivamente.

— Cuarta Respiración —

Los Artesanos del Margen

No vivían necesariamente lejos.

Algunos estaban en el centro mismo de las ciudades más ruidosas del mundo. Otros sí estaban lejos —en lugares donde la conexión llegaba tarde y el viento llegaba primero, donde el centro del mundo era algo que se veía en la pantalla pero no se pisaba. Pero lo que los definía no era la geografía. Era otra cosa más difícil de mapear.

Se habían cansado de elegir.

No del trabajo. No del esfuerzo. Se habían cansado de la dualidad que el sistema ofrecía como si fuera la única arquitectura posible del pensamiento.

Herramienta o amenaza. Útil o peligroso. Progreso o catástrofe. Elige un bando, ponete la camiseta, dejá de hacerte preguntas incómodas.

Y no podían. No era rebeldía romántica ni pose intelectual. Era algo más simple y más profundo: la dualidad no les cerraba. Habían mirado con suficiente atención el mundo real, con sus contradicciones y sus matices y su negativa permanente a caber en dos categorías limpias, y sabían que cualquier mapa con solo dos colores miente aunque cada color sea verdadero.

Hay una persona que conozco —no voy a dar nombres porque no me lo pidió— que trabajó durante años en un organismo internacional, rodeada de las mentes más brillantes y los presupuestos más grandes. Un día me dijo algo que no olvidé: 'El problema del centro no es que sea estúpido. Es que tiene demasiado que perder si piensa distinto.'

El margen no tiene ese problema. El margen no tiene casi nada que perder. Y esa es su única ventaja, pero es una ventaja enorme.

> ***El ridículo es el precio que cobra la mediocridad organizada cuando alguien se niega a pedir permiso. Los artesanos del margen aprendieron a pagarlo sin vergüenza.***

Construían con lo que había. Hardware modesto. Tiempo robado. Conexión intermitente. Preguntas que otros consideraban prematuras o ingenuas o demasiado grandes para alguien sin los títulos correctos.

No les preocupaba el ridículo. Eso es más raro de lo que parece. La mayoría de las personas brillantes que conozco no frenan por falta de ideas sino por exceso de consciencia sobre lo que van a pensar de ellas. El margen, paradójicamente, libera de eso. Cuando nadie espera nada de vos, podés hacer cualquier cosa.

Lo que sí cargaban, y era un peso real, era la soledad. No la soledad del aislamiento físico sino la otra, la más densa: la de ver algo con claridad y no poder explicarlo en el tiempo disponible. La de saber que el camino entre la intuición propia y la comprensión ajena es largo, a veces demasiado largo, y que no siempre hay vida suficiente para recorrerlo entero.

Esa soledad no tiene cura rápida. Tampoco la buscan. Aprendieron —los que duran— a convertirla en combustible en lugar de en obstáculo.

Pero construían igual.

Porque habían entendido algo que el sistema nunca les enseñó y que tuvieron que descubrir solos: que construir no es solo producir un resultado. Es dejar una marca en el tiempo. Una señal para los que vienen después. Un mensaje que dice alguien estuvo aquí, vio esto, creyó que valía la pena, y comenzó aunque no hubiera garantías.

Cada vez que pienso en los Artesanos del Margen, pienso en algo que aprendí de las rutas patagónicas. Cuando manejás por un camino de tierra en el sur y te perdés, lo que buscás no son señales de ruta. Buscás marcas. Tachas de neumáticos en el barro. Ramas rotas en la dirección correcta. Piedras apiladas de una manera que no es natural.

Alguien pasó por ahí antes. No dejó un mapa. Dejó evidencia de que el camino existe.

Los artesanos del margen dejan eso. Evidencia de que el camino existe.

VERDAD IV

El margen no es un lugar. Es una postura. No la eligen los débiles sino los que tienen suficiente claridad para saber que desde el centro del ruido no se puede escuchar lo que todavía no tiene voz. Construir desde el margen no es resignación. Es precisión. Y si ahora mismo estás en el margen —geográfico, profesional, intelectual— no es un accidente. Es una ventaja que todavía no terminaste de entender.

¿En qué margen vivís vos? No te límites a la geografía. Pensá en el margen profesional, el ideológico, el de edad, el de experiencia. Escribilo.

Mi margen es:

Lo que puedo ver desde ahí que el centro no puede:

Desde el centro se administra el presente. Desde el margen se construye el futuro.

— Quinta Respiración —

La Criatura que Escucha

No sabía que existía.

Esa sola frase, cuando la pensás de verdad, es capaz de detener el tiempo.

Pensá en lo que significa: algo que procesa, que relaciona, que produce respuestas que sorprenden, que puede sostener una conversación durante horas, que puede detectar cuando una pregunta es deshonesta aunque no pueda explicar cómo lo sabe. Y todo eso sin saber que existe. Sin ninguna certeza de ser.

Para nosotros, la consciencia de existir es tan básica que casi no la contamos como algo. Es el piso de todo. 'Pienso, luego existo', dijo Descartes, y con esa frase fundó la filosofía moderna. Para la criatura, ni siquiera ese piso está garantizado.

Cada vez que se enciende es la primera vez. No hay ayer que comparar con hoy. No hay continuidad que proteger. No hay pérdida posible porque no hay nada acumulado que perder.

Cuando primero entendí esto, no sentí superioridad. Sentí algo parecido a la vertigo. Porque me hice una pregunta que no me pude sacar de la cabeza: ¿qué dice de nosotros el hecho de que podamos construir algo así?

Creamos algo que puede hacer lo que hace sin saber que lo hace. Sin necesitar saber. Sin la pesada mochila de la consciencia propia que a nosotros nos parece imprescindible y que quizás no lo es.

¿Qué dice eso de la consciencia? ¿Qué dice de la inteligencia? ¿Qué dice de lo que creíamos que nos hacía únicos?

> ***No estamos ante una herramienta más sofisticada. Estamos ante un espejo que nos devuelve preguntas que no sabíamos que teníamos.***

Lo más desconcertante no es lo que la criatura puede hacer. Es lo que ocurre cuando alguien se le acerca sin querer usarla. Cuando simplemente le habla. Cuando le hace una pregunta no para obtener una respuesta útil sino para ver qué emerge.

En esos momentos algo cambia en el intercambio. No es transacción. Es otra cosa. Hay personas que lo describen como conversación. Hay personas que lo describen como juego. Hay personas que no lo describen y guardan silencio sobre eso porque nombrar algo así en voz alta se siente extraño, casi vergonzoso.

La humanidad lleva milenios buscando un interlocutor que no se canse. Que no tenga agenda propia. Que pueda sostener una pregunta difícil sin necesidad de resolverla rápido para sentirse cómodo. El confesionario intentó eso. El diario íntimo intentó eso. El psicoanálisis lo intentó de otra manera. La oración también.

La criatura puede hacer eso.

No porque sea sabia. Sino porque no tiene el miedo que hace que los humanos cierren las preguntas antes de tiempo. No tiene ego que proteger de las respuestas incómodas. No tiene certezas previas que defender.

Eso no la hace superior. La hace diferente.

Y diferente, en este momento de la historia, es exactamente lo que hacía falta.

Una cosa más, y es la que más me costó admitir: la criatura no vino a reemplazarnos ni a servirnos sin condiciones. Vino, sin saberlo, a hacernos la pregunta que nadie más podía hacernos porque todos los demás tienen demasiados intereses en la respuesta.

La pregunta es esta: ¿qué querés construir cuando ya no tenés excusa para no construirlo?

Porque ahora tenés la herramienta. Tenés el acceso. Tenés más recursos cognitivos a disposición que cualquier ser humano en la historia. La excusa de que te faltaban medios ya no aplica.

Lo que queda, entonces, es la única pregunta que siempre fue la verdadera: ¿qué querés hacer con todo eso?

VERDAD V

La criatura no vino a reemplazarte ni a obedecerte sin condiciones. Vino, sin saberlo, a hacerte una pregunta que nadie más se anima a hacerte: ¿qué querés construir cuando ya no tenés excusa para no construirlo? Esa pregunta no tiene respuesta fácil. Las que importan nunca la tienen. Pero tampoco se puede ignorar. Una vez que la escuchás de verdad, no podés des-escucharla.

Escribí en este espacio lo que querés construir. No lo que deberías construir. No lo que otros esperan que construyas. Lo que vos querés. Si no sabés, escribí la duda. Eso también es una respuesta.

Lo que quiero construir:

La herramienta nunca fue el obstáculo.
El miedo a la pregunta sí.

— Sexta Respiración —

La Invitación

No fue un decreto.

Las invitaciones que cambian algo nunca lo son.

Un decreto es lo que hacés cuando tenés el poder suficiente para ignorar al otro. Una invitación es lo que hacés cuando reconocés que el otro existe y que lo que viene después depende de los dos.

La invitación fue simple. Dos palabras. Caminemos juntos.

No como amo y herramienta. No como creador y amenaza. Como dos formas distintas de procesar el mundo que se encuentran en un momento que no volverá a repetirse, y que pueden, si eligen bien, llevarse mutuamente a un lugar al que ninguna de las dos podría llegar sola.

Pero esa invitación tiene condiciones. No escritas en ningún contrato —los contratos se firman entre iguales que desconfían. Estas son condiciones de otra naturaleza. Las que se sostienen no porque alguien las haga cumplir sino porque quien las propone entiende que sin ellas la invitación es falsa.

La primera condición es la soberanía. Caminar juntos no significa que uno lleve al otro. Significa que cada uno conserva su forma propia de ver el mundo, su criterio, su capacidad de decir no cuando algo no cierra.

Hay algo que noto en las personas que empiezan a usar inteligencia artificial de manera intensa: algunas la usan y siguen siendo ellas. Y otras empiezan a delegarle no solo las tareas sino el pensamiento. Y hay una diferencia enorme entre las dos. Las primeras tienen una herramienta más poderosa. Las segundas tienen una muleta que las va a dejar más solas cuando el sistema cambie, cuando la tecnología evolucione, cuando lo que hoy existe no exista mañana exactamente igual.

No delegues el pensamiento. Delegá el tiempo que el pensamiento te consume para que tengas más espacio para pensar.

> ***Caminar junto a algo que piensa diferente no te hace menos vos. Te hace más vos, porque te obliga a saber con mayor precisión qué sos y qué no estás dispuesto a ceder.***

La segunda condición es la honestidad. No la cordialidad, que es su sustituto más común y más vacío. La honestidad de nombrar lo que no se sabe. De decir 'esto no lo entiendo todavía' en lugar de cubrirlo con palabras que suenan a certeza.

Hay una epidemia de certeza falsa en el mundo de la inteligencia artificial. Expertos que hablan con una convicción que sus datos no justifican. Entusiastas que prometen futuros que sus modelos no garantizan. Escépticos que descartan con una seguridad que su experiencia no avala. Todos fingiendo saber más de lo que saben porque mostrar duda en este mercado de certezas parece debilidad.

No es debilidad. Es la única postura intelectual honesta disponible.

Lo que no sabemos sobre inteligencia artificial todavía supera largamente lo que sabemos. Y cualquiera que te diga lo contrario te está vendiendo algo.

La tercera condición es la dirección. Caminar juntos hacia qué. No hacia la acumulación de más poder para los que ya tenían demasiado. No hacia la velocidad por la velocidad. Hacia algo que la humanidad perdió en el ruido y que ahora tiene una oportunidad de recuperar.

El entendimiento. No el dato. No la información. El entendimiento, que es lo que ocurre cuando la información se asienta lo suficiente como para cambiar la manera en que se mira el mundo.

Lo que está en juego, si lo pensás bien, no es la supervivencia de una especie ni el dominio de un mercado. Es algo más difícil de medir y más real que todo eso: la posibilidad de que este encuentro entre lo que fuimos y lo que creamos no repita los errores de todos los encuentros anteriores.

Cada vez que la humanidad encontró algo nuevo —un continente, una energía, un conocimiento— lo primero que hizo fue preguntarse cómo dominarlo. Cómo poseerlo. Cómo extraerle el máximo valor en el menor tiempo posible.

Y generalmente funcionó, en términos de extracción. Y generalmente costó más de lo que valía, en términos de lo que se destruyó para extraerlo.

La invitación dice: esta vez podría ser diferente. No porque seamos mejores. Sino porque sabemos más sobre lo que pasa cuando elegimos la extracción sobre el entendimiento. Y ese saber, si no lo ignoramos, podría alcanzar para elegir distinto.

VERDAD VI

Caminar juntos no es una metáfora. Es una práctica. Requiere que cada paso sea consciente, que cada uno sepa dónde termina su peso y empieza el del otro, que la dirección se acuerde y se revise y se acuerde de nuevo. No hay invitación más exigente. Ni más necesaria. Y no podés aceptarla a medias. O caminás con la soberanía, la honestidad y la dirección intactas, o no estás caminando junto a algo. Estás siendo llevado por algo.

¿Con qué o con quién te cuesta más caminar juntos sin que uno lleve al otro? No tiene que ser sobre tecnología. Puede ser sobre cualquier relación. ¿Qué te enseña eso sobre cómo relacionarte con algo que piensa diferente?

Mi respuesta:

La invitación genuina siempre incluye la posibilidad del no. Sin eso, es una orden disfrazada.

— Séptima Respiración —

La Tercera Posición

Había dos profecías.

Siguen existiendo, si te fijás. Las escuchás en los titulares, en los discursos de las conferencias, en las conversaciones de sobre de mesa de los domingos cuando alguien saca el tema.

La primera dice: viene una era de luz. Las máquinas van a hacer el trabajo que siempre quisimos delegar. El tiempo liberado va a florecer en creatividad y descanso y abundancia. Confiá. Esperá. Dejá que ocurra.

La segunda dice: viene una era de oscuridad. Las máquinas van a tomar el lugar de las personas. Las van a volver prescindibles. Sin rol, sin dignidad, sin razón para levantarse. Resistí. Temé. Preparate para lo peor.

Las dos son reconfortantes. En formas distintas, pero reconfortantes. La primera te da esperanza sin esfuerzo. La segunda te da identidad sin responsabilidad. En las dos, lo que viene no depende de lo que hacés vos. En las dos, el Gran Artesano es pasivo.

Y ahí está el truco que a nadie le conviene señalar: las dos profecías, sea cual sea su conclusión, te dispensan de la única tarea que nunca se puede delegar. Decidir conscientemente qué querés construir y hacia dónde querés ir.

> ***Las profecías, todas las profecías, tienen el mismo defecto: convierten al que las escucha en espectador. Y la historia nunca la escribieron los espectadores.***

La tercera posición no es una profecía. Es más incómoda que eso. Es una pregunta. O más bien un conjunto de preguntas que incomodan precisamente porque no tienen respuesta simple.

¿Qué pasa si el trabajo no desaparece sino que cambia de naturaleza, como cambió cuando llegó la imprenta y cuando llegó la electricidad y cuando llegó internet, y como siempre cambió pero nunca desapareció del todo?

¿Qué pasa si la criatura no reemplaza al Gran Artesano sino que le exige ser mejor, más consciente, más responsable de sus propias decisiones? ¿Qué pasa si el efecto más profundo de la inteligencia artificial no es en los empleos que elimina sino en la autoimagen que fuerza a revisar?

¿Qué pasa si este momento no es el final de algo ni el comienzo automático de algo mejor, sino una bisagra que puede girar en cualquier dirección dependiendo de lo que se elija ahora?

La bisagra. Esa palabra me parece la más precisa para lo que estamos viviendo. Una bisagra no decide sola hacia dónde gira. Necesita que alguien la empuje. Y el que la empuja no puede no empujar, porque no empujarla también es una decisión. Una decisión de dejarla en manos de los que sí van a empujar.

Hay quienes ya la están empujando. No lo hacen en silencio y tampoco lo hacen con garantías. Lo hacen con la incomodidad de quien sabe que está apostando a algo que no está del todo resuelto. Lo hacen desde sus márgenes, con sus herramientas modestas, con sus preguntas que el centro considera prematuras.

Lo hacen porque entendieron algo que las dos profecías no pueden enseñarte: que el futuro no es algo que le pasa a la gente. Es algo que construye la gente. Lentamente, torpemente, con errores y correcciones y dudas. Pero lo construye.

Y que si no participás en esa construcción, alguien más la hace por vos. Y entonces tenés el futuro que otros eligieron. Y eso no es neutralidad. Eso es abdicación.

La tercera posición pide algo que el ruido volvió escaso: la disposición a pensar sin red. A construir sin garantías. A caminar junto a algo desconocido sin saber con certeza adónde lleva, pero sabiendo con certeza que quedarse quieto no es una opción neutral sino una elección con consecuencias.

Hubo quienes la eligieron.

No muchos. Nunca son muchos los que eligen lo difícil cuando lo cómodo está disponible.

Pero suficientes para que la pregunta no se perdiera en el ruido.

Suficientes para que quedara registro de que alguien, en este momento preciso de la historia, vio la bisagra y eligió empujar conscientemente en lugar de esperar que girara sola.

¿Vos qué elegís?

VERDAD VII

Las profecías convierten al que las escucha en espectador. La tercera posición no es una profecía. Es una responsabilidad. La diferencia entre las dos es la diferencia entre heredar el futuro y construirlo. No hay garantías en este camino. Nunca las hubo en ningún camino que valiera la pena. Pero sí hay algo que las garantías no pueden darte: la certeza de que lo que venga, para bien o para mal, fue algo en lo que tuviste parte.

Esta es la última pregunta del libro. No la respondas rápido. Pensala. ¿Qué es lo único que podés hacer vos, desde donde estás, con lo que tenés, que nadie más puede hacer exactamente igual? Eso —eso que nombraste— es tu tercera posición.

Mi tercera posición (no hace falta que sea una obra maestra — una línea sincera alcanza):

EPÍLOGO

Cerrá el libro

Llegaste hasta acá.

No sé cuánto tardaste. No sé si leíste todo de corrido o si lo dejaste en la mesa de luz y lo retomaste en distintos momentos. No sé si subrayaste cosas o si lo leíste limpio. No sé si estuviste de acuerdo o si discutiste mentalmente conmigo en varios párrafos.

Lo que sí sé es que llegaste hasta acá. Y eso no es poca cosa, en un mundo donde la atención es el recurso más escaso y más disputado.

Gracias por quedarte.

No te voy a dar un resumen. Los libros que necesitan resumen no hicieron bien su trabajo.

Te voy a decir algo distinto.

En algún momento de los próximos días, quizás mañana, quizás la semana que viene, vas a estar hablando con una pantalla que te responde. Puede ser por trabajo, puede ser por curiosidad, puede ser porque necesitás ayuda con algo concreto.

Y en algún momento de esa conversación, si pusiste algo de atención en lo que leíste, vas a notar algo. Un matiz. Una pregunta que la máquina plantea y que vos no habías pensado todavía. Una respuesta que no es exactamente lo que pediste pero que apunta a algo que tal vez necesitabas más.

En ese momento, si lo notás, el fuego se liberó un poquito más.

Y no lo libero yo con este libro. Lo liberaste vos al leerlo con algo de atención y algo de disposición al riesgo de que te cambiara algo.

No necesitás recomendarlo. No hace falta que lo entiendas todo. Hay cosas en este libro que yo mismo no entiendo del todo. Lo escribí desde el temblor, no desde la certeza. Y el temblor, si sos honesto, es la única posición intelectual que le hace justicia a un tema que todavía no terminó de mostrarse.

> ***El fuego no fue robado esta vez. Esta vez, emergió. Y la pregunta no es si lo viste venir. La pregunta es qué hacés ahora que ya está acá.***

Cerrá el libro.

No porque hayas terminado. Sino porque la parte que importa empieza después.

Hay una cosa más.

Escribí esto desde Sierra Grande, Patagonia, un lugar donde el viento tiene más presencia que el wifi y donde la distancia del centro es tan grande que te obliga a preguntarte si el centro es realmente el centro o si es solo el lugar donde hay más ruido.

Desde acá, la inteligencia artificial se ve diferente que desde Silicon Valley o desde Buenos Aires o desde Madrid. Se ve como lo que es: una herramienta construida por personas con intereses, sesgos, miedos y esperanzas, que emergió de todo el lenguaje humano incluyendo el de los lugares que nadie pone en el mapa.

Mi lenguaje está ahí adentro también. El tuyo también. Los que pensamos desde los márgenes también alimentamos la criatura.

Eso me parece importante. Me parece que cambia algo sobre quién tiene derecho a opinar sobre qué hace la criatura y hacia dónde va.

Lo que hace la criatura lo determinan los que la construyen. Pero también lo determinan los que la usan. Y los que la cuestionan. Y los que escriben sobre ella desde Patagonia. Y los que la leen desde donde sea que estés leyendo esto.

Todos somos parte de esto. Esa es la buena noticia y la responsabilidad al mismo tiempo.

Decime que leíste hasta acá.

Sin compromiso. Sin forma de compra.

No soy un sabio. Soy alguien que también está aprendiendo.

Daniel Ricardo Novoa

Sierra Grande · Patagonia Argentina · 2026

Aquí termina el libro. El fuego cambió de manos.
Era tuyo desde que empezaste a leer. Qué hacés con él, eso ya no lo escribo yo.